

Antonio Cattani – Paulo Peixoto de Albuquerque –
Euclides Mance – Marcelo Baquero – Alfonso Cotera Fretell –
Humberto Ortiz Roca – Paulo de Jesús – Libia Tiriba –
Domingos Donida – Derli Schmidt – Vergilio Periur – Francisco Milanez –
Noëlle Lechat – Valmor Schiochet – José Coraggio – Ana Sarria Icaza –
Anne Wautier – Paul Singer – Luis Gaiger – Armando de Melo Lisboa –
Franklin Dias Coelho – Ana Castro Trajano – Ricardo Alves de Carvalho –
Françoise Wautiez – Claudia Bisaggio Soares – Heloisa Primavera –
Miriam Nobre – Sérgio Kapron – Ana Fialho –
Claudio Nascimento – Marcos Arruda

ANTONIO DAVID CATTANI (Organizador)

LA OTRA ECONOMÍA



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento



Traducción a cargo de Lucimeire Vergilio Leite
Revisión de la edición en español: Susana Hintze

© 2003, Editora Veraz Ltda., Porto Alegre, RS. Brasil
© 2004, Fundación OSDE

© 2004, Editorial Altamira
info@editorialaltamira.com.ar

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 987-????-??-?

COOPERACIÓN

PAULO DE JESUS
LIA TIRIBA

1. Cooperación como acción y movimiento

El término cooperación semánticamente significa el acto de cooperar, u operar simultáneamente, trabajar en común, colaborar (Cândido de Figueiredo, *Novo Dicionário da Língua Português*), señalando, así, un sentido de acción y de movimiento colectivo, siempre en oposición a la perspectiva individual e individualista.

En tanto *acción*, significa la disposición, el empeño, el compromiso de apoyar, de hacer con, de emprender con, de producir con, lo que puede ser visto también como valor, como resultante de una representación, de una visión del mundo y del hombre. En este sentido, cooperación significa tomar parte en una empresa colectiva cuyos resultados dependen de la acción de cada uno/a de lo/as participantes.

En tanto *movimiento*, nos remite un poco a la historia de la humanidad cuyas primeras civilizaciones se caracterizaban por la vida en colectividades. En las “comunidades naturales”, que todavía no gozaban de derechos de existencia jurídica propia, el individuo encontraba en el grupo protección y los medios necesarios para la vida; al mismo tiempo predominaba allí un pensamiento conformista de cara al abuso del poder por parte de los jefes y castas dirigentes (Lasserre, 1967). George Lasserre resalta que el colectivismo fue poco a poco siendo sustituido por la civilización individualista, que se va materializando a través de varias revoluciones, como ser: la *revolución económica* (cuando los individuos se separan de la economía familiar para tener una vida económica independiente); la *revolución intelectual* (en el Renacimiento, cuando el hombre descubre el uso de la razón, del pensamiento libre y laico, posibilitando, así, la ciencia); la *revolución espiritual* (donde la Reforma “posibilitó la conquista más valiosa de la era individualista: la libertad de con-

ciencia”); la *revolución agrícola* (cuando los campesinos se liberan de las formas colectivas y de los derechos feudales); la *revolución política* (la democracia surge para favorecer la conquista de las libertades individuales fundamentales) y la *revolución industrial* (en pos del capitalismo moderno y el rápido progreso material). Al llevar a cabo un análisis de los procesos civilizatorios arraigados en el individualismo, Lassere subraya que “el movimiento de la historia se invierte: el individualismo parece haber dado todo lo que podía y luego su fertilidad se ve agotada [...] La tendencia que se delinea ahora es la del regreso a lo colectivo”, sea debido al progreso técnico (ruptura con las antiguas rutinas donde la iniciativa individual y la libre iniciativa van siendo superadas y donde las fortunas individuales se muestran insuficientes e imponen la sociedad anónima), sea por la condición de clase de los trabajadores, construida históricamente por el capitalismo. Este autor concluye que “los trabajadores comprendieron poco a poco que un cambio profundo de naturaleza social era necesario y que su única arma [...] estaba en la asociación, gracias a la cual su número, de debilidad se convertía en fortaleza”. Para él, el movimiento de los trabajadores se desarrolla y progresa continuamente en tres direcciones principales: el sindicalismo, el socialismo político y la cooperación. Esta nació “en el mismo medio social, en la misma época, de la misma miseria proletaria y de la misma opresión, bajo el impulso del mismo espíritu que originó el sindicalismo y el socialismo” (Lasserre, 1967).

2. Cooperación y materialismo histórico

Desde la perspectiva del materialismo histórico, Marx (1980) entiende a la cooperación como “la forma de trabajo en la que muchos trabajan juntos, de acuerdo a un plan, en el mismo proceso de producción o en procesos de producción diferentes pero conectados”. En el capítulo XI del libro I de *El capital*, Marx analiza a la cooperación en el proceso de trabajo y señala que “el simple contacto social, en la mayoría de los procesos productivos, provoca la emulación entre los participantes, motivándolos y estimulándolos, lo que aumenta la capacidad de realización de cada uno”. En este sentido, los procesos cooperativos, en los cuales se concilia el trabajo de muchos trabajadores, están caracterizados por la fusión de muchas fuerzas en una

fuerza social común, lo que genera un producto global diferente o mayor que la suma de las fuerzas individuales de los trabajadores aislados. Con la reducción del tiempo socialmente necesario para la producción, la jornada colectiva de trabajo generaría una cantidad de valores de uso, mayor que la suma de las jornadas de trabajo individuales aisladas. En otras palabras, el aumento de la capacidad productiva no sería el resultado de la elevación de la fuerza individual de trabajo o el resultado de la suma de las fuerzas productivas individuales, sino de la creación de una fuerza productiva nueva: la fuerza social colectiva. Para Marx, la fuerza productiva del trabajo social se origina en la propia cooperación que, en última instancia, sería un elemento constitutivo del proceso de formación humana, pues “al cooperar con otros, de acuerdo a un plan, el trabajador se deshace de los límites de su individualidad y desarrolla la capacidad propia a su especie” (Marx, 1980).

A partir del concepto marxista de cooperación, podemos inferir que, al contrario de la competencia, en la que un trabajador o grupo de trabajadores intenta maximizar sus ventajas sin considerar a los demás, la cooperación presupone una coordinación del esfuerzo colectivo para alcanzar metas comunes. Sin embargo, en una sociedad en la que los intereses de un grupo o de una clase social prevalecen por sobre los intereses colectivos, la cooperación puede adquirir otros significados. Basada en la división del trabajo y considerada la forma de cómo los hombres, trabajando lado a lado, se completan mutuamente, Marx señala que la cooperación se manifiesta desde el inicio de la civilización humana y está presente en los modos de producción anteriores al capitalismo. Así, él enfatiza que es necesario distinguir la cooperación que se fundamenta en la propiedad común de los medios de producción, la que se basa en las relaciones directas de dominación y servidumbre (como en la Edad Media), de aquella que presupone el salariado, es decir, la venta de la fuerza de trabajo. En el capitalismo la cooperación surgiría como la fuerza productiva del capital; su valor de uso se transfigura en la producción de la plusvalía, asegurada por la congregación y actuación de varios trabajadores en el mismo lugar o en la misma rama de actividad. Bajo la coordinación, dirección y control del capitalista y de los que lo representan en la división del trabajo, se obtiene la cooperación a través de la emulación, de la animación de los trabajadores. Como determinan el ritmo y la intensidad del trabajo colectivo, las

máquinas cumplen un papel fundamental en el proceso productivo, garantizando la subsunción real del trabajador al capital. La productividad del capital no sería la suma de las fuerzas individuales de trabajo, sino el resultado de la nueva fuerza colectiva producida por el trabajo conjunto de los trabajadores asalariados.

En la perspectiva marxista, “la cooperación capitalista no se manifiesta como forma histórica especial de la cooperación, sino que es la cooperación que se manifiesta como forma histórica particular del proceso de producción capitalista, como forma histórica que lo distingue específicamente” (Marx, 1980). En este sentido, se puede observar, a lo largo del capitalismo, diferentes tecnologías de producción y de gestión de la fuerza de trabajo que originan y presuponen diferentes estilos de cooperación que, *grosso modo*, se verifican como “cooperación pasiva” y “cooperación activa”, en diversos niveles. En la primera, el control de la “co-operación” de los asalariados se encuentra en el gerenciamiento científico (organización taylorista-fordista); en la segunda, aun disminuyendo los niveles de jerarquía y aumentando los niveles de participación en el gerenciamiento de la empresa (organización toyotista), las acciones de los trabajadores permanecen bajo el comando de la “autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que subordina la acción de los asalariados en pos de un proyecto propio a los objetivos del capital” (Marx, 1980).

Aunque Marx no se detiene en el estudio de las experiencias de las asociaciones cooperativas de los trabajadores, en el libro III de *El capital*, analiza cómo las fábricas gestionadas por los propios trabajadores, nacidas en el interior del modo de producción capitalista, reproducen las contradicciones del capitalismo vigente y, al mismo tiempo, representan las células del “modo de producción de los productores libres asociados”. Condenando la desvirtuación que hacen los “voceros y filántropos de la burguesía” en lo que se refiere al significado de las asociaciones cooperativas en el proceso de emancipación del proletariado, alerta que, mientras éstas no se desarrollen a nivel nacional y el poder político no se encuentre en manos de los trabajadores, los procesos cooperativos representarán sólo un “estrecho círculo de los esfuerzos esporádicos de los trabajadores” (Bottomore, 1993).

3. Cooperación y motivación

En el análisis de las experiencias de asociaciones cooperativas de trabajadores, como *acción* y como *movimiento*, otra cuestión parece llamar la atención: ¿Qué es lo que motiva al trabajador o trabajadora a la práctica de la cooperación? En la respuesta a esta pregunta, la polarización entre interés individual *versus* interés colectivo nuevamente se manifiesta. Por un lado, están los que defienden que “según la teoría económica, el individuo toma una decisión a favor de la cooperación solamente cuando la cooperación le posibilita una mayor satisfacción de sus necesidades, comparándola con las otras posibilidades disponibles”, es decir, “un grupo de individuos se une en cooperación sólo cuando cada uno de ellos cree que puede obtener un provecho de la cooperación” (Eschenburg, 1983).

Por otro lado, Monier y Thiry (1997), por ejemplo, llaman la atención hacia el abordaje neoliberal o utilitario-monetarista, donde la hipótesis del egoísmo, que caracterizaba inicialmente sólo al *Homo economicus*, fue progresivamente difundiendo por todas las áreas de la actividad humana, inclusive en la vida familiar, hasta el punto de hoy haberse radicalizado, pasando de una visión de hombre egoísta normal a otra de “hombre egoísta total, cínico y calculador, que persigue su interés” casi siempre medido por las ventajas pecuniarias. Esos autores evocan a las últimas tendencias en las investigaciones de las ciencias cognitivas que muestran al hombre como un sujeto en el que se enfrentan permanentemente la utilidad o interés y la moral: “Aunque el individuo, en su condición de ser racional que sabe elegir los medios apropiados a los fines que busca, también actúa bajo el impulso de las emociones y bajo la influencia de ciertos valores, [...] los valores de solidaridad y de democracia económica, en los que se basan los movimientos cooperativos y mutualistas y la acción voluntaria, difícilmente tienen lugar en la visión ‘utilitario-monetarista’ del individuo” (Monier e Thiry, 1997).

Quizá se pueda afirmar, empero, que lo que motiva la cooperación tanto puede ser de naturaleza individual como estar relacionado al interés general o colectivo: cuando alguien decide participar en una cooperativa o cualquier empresa económica solidaria, lo hace por razones o motivos personales/individuales (ya que uno solo no tendría condiciones de armar un emprendimiento, por ejemplo) y por razones colectivas (la conciencia de que está promoviendo el ingre-

so, en el caso de una cooperativa, por ejemplo, a un grupo de personas que integran la empresa).

De cualquier modo, la práctica de la cooperación en tanto *acción* y en tanto *movimiento* es condición *sine qua non* para el éxito del emprendimiento colectivo.

La discusión y comprensión acerca de la naturaleza de los motivos que hacen que alguien participe en un emprendimiento asociativo, tal como una cooperativa, por ejemplo, puede ser importante para la dinámica económica y cotidiana de dicho emprendimiento. Muy a menudo se menciona en contextos de emprendimientos económicos solidarios: “¡Acá no hay cooperación!” o “¡Las personas no cooperan!”. Uno podría preguntarse, entonces: ¿Cuáles son los motivos de la falta de cooperación? También es importante cuestionar lo que se entiende por cooperación.

4. Cooperación y organización de los trabajadores

Otro aspecto que debe ser resaltado es el que se refiere a la relación entre cooperación y movimiento de los trabajadores. En este sentido, Patrick Develtere comparó el desarrollo del movimiento cooperativo en Europa y lo que pasó en los países del hemisferio Sur. Él sostiene la tesis según la cual toda iniciativa cooperativa que no esté apoyada en un movimiento parece estar condenada al fracaso, y afirma, acerca del movimiento cooperativo en los países periféricos: “Desde los comienzos de su implementación, al final del siglo XIX, dichas empresas tenían un potencial de aceleración del crecimiento y del desarrollo. Sus defensores mostraban la compatibilidad entre cooperación y valores tradicionales locales. Al paso que sus detractores evidenciaban la elevada tasa de mortalidad de las cooperativas y la ausencia de *verdaderas* cooperativas en los países en vías de desarrollo, atribuían este fracaso, por un lado, a la incapacidad de las poblaciones involucradas, el ambiente hostil y, por otro, al hecho de que las cooperativas, en tanto institución originaria de Europa, fueron impuestas artificialmente a las poblaciones locales” (Develtere, 1998). Ese autor indica tres factores, vinculados a la naturaleza misma del discurso sobre la cooperación y el desarrollo, que dificultan una comprensión adecuada del fenómeno de la cooperación en el tercer mundo. El primer factor sería la *ingenuidad sociológica* que

lleva a sobrestimar la importancia de los ideales de cooperación y a dejar de lado los procesos sociales concretos que influyen y determinan, en todos los sentidos, las prácticas cooperativas. Esta perspectiva de *cooperación ideal*, presente en la mayor parte de los trabajos que atañen a la cooperación en el tercer mundo, presenta una falla que es la de considerar que las sociedades o las instituciones sociales, como las cooperativas, evolucionan en un trayecto lineal, conduciendo ineluctablemente a una situación ideal uniforme. El segundo factor que obstaculiza la comprensión del fenómeno de la cooperación se refiere al hecho de que la mayoría de las *teorías y discursos* relacionados a la cooperación en las zonas en desarrollo se basan en la convicción no fundamentada de que el desarrollo cooperativo en estas regiones es esencialmente diferente del desarrollo cooperativo en los países industrializados. Dado su subdesarrollo estructural, tanto social como económico, así como el de la población, se considera que las sociedades del tercer mundo tienen necesidades de aportes complementarios y, principalmente, exteriores para encontrar y liberar a las fuerzas necesarias para el desarrollo de un movimiento cooperativo. Finalmente, el tercer y último factor es que tanto la teoría como la práctica del desarrollo cooperativo se concentraron sobre el *arte de introducir* cooperativas; la cooperación como parte de un esfuerzo de ingeniería. La cooperación no fue encarada bajo el ángulo de los movimientos sociales espontáneos e iniciada desde el interior. Para los promotores de la cooperación, en el caso de los países periféricos, las cooperativas no tenían ninguna relación con otros tipos de asociaciones cívicas, tales como las asociaciones de ayuda mutua, los grupos de autoayuda, entre otros, participando de amplios movimientos sociales (Develtere, 1998). Estas son consideraciones apropiadas, pero no se puede obviar que en el “subdesarrollo estructural social y económico”, en el caso de Brasil, se tenía una sociedad y una economía basadas en la fuerza de trabajo esclava cuyos movimientos buscaban la liberación de la esclavitud, sin muchas condiciones para pensar las formas de organización de su trabajo post-esclavitud. Tampoco se puede olvidar que, a principios del siglo XX, el movimiento cooperativo estaba legalmente vinculado al movimiento sindical, de modo que la creación de cooperativas estaba a cargo de los sindicatos (Luz Filho, 1939).

5. Límites y desafíos de los procesos cooperativos

Considerando el actual contexto histórico del siglo XXI, en el cual, ante la crisis del empleo, hay una proliferación de emprendimientos económicos gestionados por los propios trabajadores, se ha discutido mucho acerca de los desafíos de los procesos cooperativos. Desde la perspectiva de la formación de “otra economía”, ha surgido la pregunta acerca de qué manera es posible, en la práctica, un estilo de cooperación en el cual la coordinación del esfuerzo colectivo vislumbra la posibilidad de que, como lo diría Gramsci (1982), todos los trabajadores puedan convertirse en gobernantes, controlando aquellos que, transitoriamente, los dirigen. ¿La gestión cooperativa contribuye, efectivamente, a la construcción de la autonomía de los trabajadores o se asemeja a la gestión participativa propuesta por los empresarios?

En lo que atañe a la experiencia brasileña, parece que se puede señalar como un desafío la necesidad de mayor aclaración y discusión entre investigadores y los propios trabajadores(as) acerca de las concepciones y prácticas de organización y división del trabajo, en la cual las personas tienen como meta la construcción de las relaciones sociales de cooperación entendida como práctica económica y como movimiento de los trabajadores. Para ello, es necesario tener en cuenta las dificultades y las consecuencias no sólo de la subordinación del trabajo al capital, sino también de la propia crisis del capital, infiriendo acerca de las posibilidades y potencialidades de las asociaciones cooperativas para el fortalecimiento de una economía alternativa al capital. En el proceso de hacer y pensar nuevas relaciones sociales que se contrapongan a la lógica de la “sociedad de mercado” y de la “sociedad de los individuos”, puede ser relevante poner en consideración la concepción marxista de cooperación, lo que ciertamente contribuirá para una nueva lectura del mundo, una nueva conciencia del trabajador y de la trabajadora en lo que se refiere a la necesidad de superar la “cooperación capitalista” como instrumento de explotación de la fuerza de trabajo. En última instancia, el desafío está en crear las condiciones objetivas y subjetivas para el rescate y fortalecimiento de la cooperación como práctica social humanizadora y mediadora del proceso de reproducción ampliada de la vida.

Bibliografía

- Bottomore, T. (Ed.), *Dicionário do pensamento marxista*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1993.
- Develtere, P., *Economie Sociale et Développement*, Paris, De Boeck Université, 1998.
- Eschenburg, R., “Une breve introducción a la teoria económica de la participación”, en *Perspectiva Económica*, ano VIII, Volume 13, Nº 39, 1983.
- Gramsci, A., *Os intelectuais e a organização da cultura*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1982.
- Lasserre, G., *La coopération*, Paris, PUF, 1967.
- Luz Filho, F., *O cooperativismo no Brasil e sua evolução*, Rio de Janeiro, Coelho Branco, 1939.
- Marx, K., *O Capital. Crítica da economia política*, Livro I, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1980.
- Monnier, L., Thiry, B., “Arquitectura e dinâmica del interes general”, en Monnier, Lionel, Thiry, Bernard (org.), *Câmbios Estructurales e interés General*, Madrid, CIRIEC Espanha, 1997.
- Santos, B.de Sousa, *Produzir para viver. Os caminhos da produção não capitalista*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002.